

causto con que glorifica à Dios! La victima, ya habia mucho tiempo que estaba preparada y sazonzada para el Cielo; y este era el intante en que Dios tenia determinado colocarle en su Tro- no en las alturas.

Este es, oyentes mios, el fin glorioso de su gloriosa vida. Todo lo he dicho. Feliz yo, si poniendoos delante sus virtudes, os he conducido à imitarlas: No hablo de aquellas em- presas que solo pueden convenir à un Rey: ha- blo de la pureza de sus costumbres, de aquel amor del proximo, de aquella union con Dios, que resplandecia en el Santo, de su resignacion, de su fortaleza, de su constancia en los infortu- nios que nos pueden sobrevenir à todos, y cuya practica nos puede conducir à la gloria, que go- za ya San Luis en el Cielo. Esto os deseo en el nombre del padre, del Hijo y del Espiritu San- to. Amen.



S E R M O N

PARA LA FIESTA

DE TODOS SANTOS,

ACERCA DE LA SANTIDAD.

Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo pote- rat ex omnibus gentibus, & tribubus, & popu- lis, & linguis, stantes ante Thronum.

Vi una multitud innumerable, que se habia jun- tado de todas las naciones, de todos los tri- bus, de todos los pueblos, y de todas las lenguas, que estaban en pie delante del Tro- no. *Apocal. cap. 1.*

SEÑOR.



Antos en gran numero, Santos de todos estados, no necesito otra cosa para probar que po- demos santificarnos todos y en todas las cosas. No nos escusemos, pues, de aqui adelante, ni con que somos flacos, ni con que estamos ya puestos en

Para el día
de todos San-
tos.

un Estado que es de suyo peligroso. Los Santos han sido todos flacos, y con todo eso no dejaron de ser Santos. Los Santos vivieron en los mismos estados en que nosotros vivimos; y con todos los peligros que traen consigo, fueron grandes Santos. Propositiones que nos enseñan: lo primero, que la Santidad es propia de toda suerte de persona; y esto es lo que se nos representa en esta multitud de Santos de todos estados, sexos y edades, que la Iglesia nos descubre oy en la Gloria: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat.* Lo segundo, que la santidad es propia de toda suerte de estados; y esto dice la variedad de pueblos, lenguas, estados, naciones, tribus y profesiones que la Iglesia nos representa: *Ex omnibus gentibus, & tribubus, & populis, & linguis.* No hay hombre que no se pueda santificar: punto primero. No hay estado que no se pueda santificar: punto segundo: materia sumamente propia para destruir las falsas ideas que el mundo se ha formado de la santidad. Para tratarlo dignamente, imploremos. &c.

PARTE PRIMERA.

Silos Santos fueron semejantes à nosotros, es preciso confesar que nosotros nos podemos hacer semejantes à ellos. Demuestro, pues, que tuvieron los Santos, para llegar à serlo, los mismos combates que sufrir, las mismas victorias

Para el día
de todos San-
tos.

rias que alcanzar, y la misma recompensa que merecer. Los mismos combates, con las mismas dificultades que nosotros encontramos. Las mismas victorias, con los mismos auxilios que nosotros recibimos. La misma recompensa, y al mismo precio que nosotros esperamos. Hagamos, pues, manifiesto, que las dificultades, auxilios y recompensa de la santidad, han sido siempre lo mismo para los Santos, que para nosotros: y concluiremos de aqui, que pues fueron ellos lo que nosotros, podemos tambien nosotros venir à ser lo que son ellos.

Si yo tuviera que alabar aqui algunos Heroes profanos, no cuidaria de descubrir sus flaquezas. Dotados à lo mas, de algunas virtudes morales à que acaso los inclinaban sus pasiones, necesitarian que echasemos un velo sobre sus defectos; pero tratando de alabar à unos hombres, que triunfaron de su flaqueza, corrigieron todos sus defectos, y domaron todas sus pasiones, será exaltar su gloria traer aqui como tirando el carro de su triunfo, el objeto y materia de sus combates. Digamos, pues, de todo Santo en general, lo que el Apostol Santiago dixo en particular del Profeta Elías, que por eminente que fuese su santidad, era en la realidad hombre como nosotros, sujeto à las mismas fragilidades y miserias: *Elias homo erat similis nobis.*

En esta suposicion, decid que hallais en vosotros mil obstaculos para ser Santos: que te-
neis

Jac. c. 25
v. 17.

Para el día
de todos San-
tos.

neis un entendimiento que os arriesga, unos sentidos que os engañan, un temperamento que os domina, una inclinacion que os precipita y enreda: añadid à esto todos los encantos que os detienen, todos los intereses que os tocan y os mueven, todos los objetos que os disipan: pasad, si os place, à esa embidia secreta que os corre, à esos zelos que os devorarán, à esos honores que os empeñan, à ese olvido de la fortuna, à ese abandono de vuestros amigos, y à esa indiferencia de vuestros superiores, que todo os desconsuela. Todos los Santos tuvieron en sí el mismo fondo de miserias que teneis vosotros, las mismas circunstancias, los mismos combates: *Homo erat similis nobis*. Aunque se suba San Pablo al tercer Cielo, no se verá menos asaltado de aquellas tentaciones que le humillan y le abaten; y que obligan à un San Geronymo à irse à esconder al pesebre del Salvador; à un San Benito, à arrojar en las zarzas y en las espinas; y à un San Bernardo en la nieve, para hallar asilo à la inocencia. Ni faltan en los Santos las caídas mas lastimosas; pero que las repararon gloriosamente, y que no manifiestan, que no eran mas impecables que nosotros. Quando vemos entre los Apostoles un perseguidor de la Iglesia, un perjuro, y un incredulo: quando vemos una Magdalena sumergida en los vicios mas vergonzosos; un San Agustin, que por espacio de diez años enteros se anega expresamen-

te

te para endurecerse en los mismos vicios, ¿qué decimos de ellos, por mas altos que los vemos oy colocados en la gloria, sino que eran hombres semejantes à nosotros? *Homo erat similis nobis*.

Todavía digo mas, y añadido, que independientemente de esta flaqueza, que les era comun con nosotros, tuvieron millones de Santos otras muchas dificultades que vencer, que no tenemos nosotros. Hablo de aquellos tiempos en que no permitia la persecucion à los Christianos manifestarse sin peligro de la vida, en que no podian publicamente sellarse con el Bautismo, sin que le sellasen tambien con su sangre; en que no podian afirmar ni decir su fé en la presencia de un Juez, sin que les costase encaminarse à un cadahalso; y en que para vivir entre los hombres, necesitaban sepultarse vivos en las catacumbas como las bestias: hablo de aquellos primitivos tiempos de la Iglesia, en que estaban obligados los fieles à una vida comun, ofreciendo para esto sus haciendas; à reparar la publicidad de sus culpas con pública penitencia; à hacer una vida angelica, que les daba entonces à todos nombre de Santos. ¿Y à qué grado de santidad subieron tan eminente, aun con toda su flaqueza, y con todos los obstaculos? Con su virtud, dice San Juan Chrisostomo, no habia temperamento, porque le destruian, no habia humor, porque le reprimian; ni capricho, porque le combatian;

ni

ni vanidad, porque la humillaban; ni hypocrisia, porque se ocultaban; ni politica, porque lo renunciaban todo; ni interés, porque de todo se despojaban; ni pesadumbre, porque con qualquiera cosa se contentaban; ni vileza, porque eran superiores à todo. A pesar de su flaqueza llegaron à tanta altura, que nuestra tibieza nos hace desesperar de poder alcanzarlos. Practicaron virtudes tan heroycas, que jamás las enseñó la Filosofia Pagana, ni aun las imaginó tan sublimes. Ellos vivieron tan agenos de quanto apetecen los sentidos, que fue su vida, dice San Agustin, una de las pruebas mas invencibles de que hay un Dios, ¿Por qué, pues, no podremos vivir nosotros como vivieron millones de personas tan débiles como nosotros, y de toda edad, de todo sexo, en todo tiempo, y en todo país? Pero todavía os he de demostrar, que vosotros mismos no solo podéis, sino que haceis todos los dias esas mismas cosas, que nos pregonais imposibles. Y aun mucho mas: voy à obligaros à confesar que las teneis por muy faciles, quando es el mundo quien os las manda; y que solo las juzgais impracticables, quando es Dios quien las prescribe. Pidaos Dios, porque quiere sacar un Santo de vos mismo, à ese vuestro hijo mayor, que se le sacrifiqueis, porque le quiere salvar aplicandole à la Iglesia: yo tengo, decis luego, necesidad de él, para que lleve adelante mi nombre; y no sabeis resolveros à conceder-

sele à Dios. ¿Pero hallais modo algun dia para adelantarle aplicandole à la guerra? Pues ya no hay dificultad que os detenga, y le empeñais en un estado, en que por honor y por obligacion, y aun por profesion, está cada dia expuesto à perecer. Signifiquenos yo de parte de Dios, que alejeis de vos esa ocasion proxima, os faltan las fuerzas, y no acertais à determinaros; pero venga una orden de partir à la primera señal, y de encaminaros à donde la orden del Principe os llama: al instante desaparece esa pretendida imposibilidad: volais à donde la gloria y el honor os llama, sin que haya habito que os encadene, afecto que os cautive, ni idolo que os detenga. Mandeos la ley, que os pongais en presencia de ese à quien llamais enemigo; esto decis, es mandaros un imposible; pero si pide vuestra fortuna que le cultiveis, al punto se apaga el resentimiento, se ahoga toda la ira, y toda esa imaginaria imposibilidad se desvanece, y se os vé ir à todas partes con ese mismo enemigo, y hacer sumisiones y bajezas que jamás os mandará Dios.

Lo mismo digo de todas las demás cosas, sin exceptuar siquiera una. Si os imponen la abstinencia ò el ayuno, la oracion, la vigilia, la limosna, ò qualquiera otra austeridad corporal, todo os parece imposible; y aun es inutil hablaros siempre que se trata de vuestra santificacion; pero para qualquier otro fin, todas estas mis-

Para el día
de todos San-
tos.

mas cosas os son faciles: vosotros os absten-
dreis de todo para conservar vuestra salud; ayu-
nareis para contentar vuestra avaricia; orareis à
Dios para que os conceda alguna gracia ò bien
temporal; velareis para malvaratar el tiempo en
el juego; os arruinareis para hartar vuestra pa-
sion: os affigireis, os estrechareis y os sacrifica-
reis para llegar à tal fin. Esto, pues, es lo
que pasma; tal, que parece prodigio, que pa-
ra condenaros todo lo hallais facil, y para san-
tificaros todo os parece imposible. No nos li-
mitemos, pues, al exemplo de los Santos, para
probaros que lo podeis ser todos, sino recurra-
mos à vuestras proprias acciones, y à lo que ha-
ceis todos los dias, y concluyamos, que podeis
hacer lo que los Santos hicieron. Estos tuvieron
las mismas dificultades que nosotros en los com-
bates que padecieron. Y aora añado, que tene-
mos los mismos socorros que ellos tuvieron, pa-
ra alcanzar las victorias mismas que hay que
conseguir.

Yo no llamo aquí socorros para la santidad
à todos aquellos milagros que obraron los San-
tos, y de que Dios no nos es deudor de modo
alguno. Los Santos no lo son porque hicieron
milagros, à lo mas hicieron milagros porque
eran Santos. La virtud de las señales y de los
prodigios no era la fuente y principio, sino la
consequencia y nota de la santidad: ni tampo-
co era consequencia necesaria, pues hay una in-
finidad de Santos, por medio de los quales ja-
más

más obró Dios milagro alguno, ni tampoco era el hacerlo nota ò señal infalible de ser Santos; pues sin serlo, se hallarán algunos que los hicieron. Llamo, pues, socorros de santidad à todas las gracias que nos inspiran el deseo de ser Santos, y nos comunican las fuerzas necesarias para serlo, à todos los medios que Dios nos ofrece, y que nos ayudan à llegar à este fin. ¿Quáles son, pues, los socorros que tuvieron los Santos, y los que tenemos nosotros para serlo?

Para el día
de todos San-
tos.

Hablando de las gracias interiores, ¿quántas luces ha enviado Dios à nuestras almas, quántos santos movimientos ha excitado millares de veces en nuestra voluntad? ¿no os obliga cada día, y aun cada hora, por medio de los mas vivos remordimientos, à entrar dentro de vosotros mismos? ¿no se os hacen importunos esos escozores à fuerza de vivos y de continuos? ¿no os franquea la Iglesia prodigamente sus tesoros, como à los Santos? ¿no tenéis la misma Fé, no lograis los mismos Sacramentos, no sois miembros de un mismo cuerpo con los Santos? ¿no se os aplican como à ellos los meritos de un Hombre-Dios? ¿y no corre por todos sobre los Altares la Sangre de un Cordero sin manci-
lla?

¿Y quién podrá, hablando de las gracias exteriores, contar todos los socorros que os prepara Dios? Aquí el ministerio de la divina palabra, allí los ruegos mas fervorosos de la Igle-
sia,

sia, todo se dirige y se aplica à haceros Santos. Ya se os ponen delante las virtudes de un Santo al elogiarle; ya se celebra una fiesta, para inspiraros su imitacion: algunas veces os avisa la enfermedad, el disgusto que os dá el mundo; otras, la repulsa, las afrentas, los desprecios, las desgracias, que todo se dirige à desarraygaros de las cosas visibles. Mucho mas continuo que quisierais para vivir en reposo, veís la decadencia de la hacienda agena, la ruina de la fortuna, que os amenaza con semejante caída, el accidente, las muertes súbitas que suceden cerca de donde os hallais, parece que no se os aproximan sino para haceros temer que os puede suceder lo mismo: en todo es Dios el que os llama, y el que estiende la mano para llevaros ácia sí mismo.

¿Pues qué mas hizo por los Santos? Confieso que ha concedido para la conversion de algunos, algunas gracias que pasmaron al Universo; pero estas son unas gracias milagrosas, que nada mas tendrian de milagro que las nuestras, sino es el ser algo mas raras. Confieso tambien, que à otros les ha dado gracias escogidas y privilegiadas, de que carecemos nosotros; pero es porque han sido mas fieles à las gracias comunes y ordinarias; y asi, estas gracias señaladas son como premio de su fidelidad. Confieso finalmente, que Dios los ha llenado de los mayores consuelos, y que estos consuelos interiores eran el mas poderoso socorro

pa-

para afirmarlos en la santidad. ¿Pero no son comunes à la Santidad esta union santa, y estas dulzuras de la gracia? Preguntadles à todos aquellos que están intimamente unidos con Dios, acerca de su ventura, y hallareis, por mas triste que os parezca su fortuna, que no trocarán su estado por el vuestro: que quieren mas la pobreza, que todas vuestras riquezas: que son mil veces mas felices, y que se hallan mas contentos con sus aflicciones, que vosotros con vuestros placeres; y que prefieren su humillacion à todos los honores del mundo. Ruegoos, que me busqueis un mundano solo, que enmedio de sus prosperidades, las mas altas y mas lucidas, logre una sola linea, un solo rastro, una sombra de alegria tan pura y tan perfecta. Vosotros lo sabeis; y por vuestra infidelidad experimentais todos los dias, que las apariencias y exterior mas agradable, sirve solo para ocultar los mayores males y pesadumbres.

Todavia hay mas: nosotros tenemos algunos socorros que no tuvieron los Santos, y son los exemplos de ellos mismos. San Pablo, que conocia muy bien la fuerza de este socorro, no se pára en declarar à los Hebreos preceptos muy extensos, sino que principalmente se atiene à proponerles grandes exemplos; pero se veía obligado à irlos à buscar à la Ley antigua, pues estaba entonces en sus principios el Christianismo. Y así, unas veces les traía por exemplo à los Patriarcas, y otras à los Profetas. Pero des-

pues